

POLEMICA

La "extraña amalgama"

NO sé si la carta publicada en el número 427 bajo el título de "Imperialismo Cultural Catalán" y firmada por «Luis» dará lugar al inicio de una enconada discusión o suscitará proclamas de adhesión. Pienso que, en cualquier caso, sería mucho más fructífero que TRIUNFO lo tomara como un reto y que, en consecuencia, habilitara para la polémica un método que superara la dispersión y limitaciones de la sección de cartas de los lectores.

En primer lugar es preciso señalar que el fenómeno de los «novísimos», al que creo va referida la carta en cuestión, no puede limitarse al marco catalán, si bien es cierto que, como indica Luis, ha sido un sector de su industria cultural (ediciones, cine...) la que ha lanzado de manera más espectacular los nuevos productos. Pero, por ejemplo, la evolución de revistas como «Nuestro Cine» y, en otra medida, TRIUNFO, como el éxito editorial que uno puede detectar aquí, en San Sebastián, de libros como el «Manifiesto Subnormal» o los «Nueve Novísimos», indica que el fenómeno desborda el marco regional catalán.

A uno le pueden divertir, más o menos, la valoración de elementos «camp» y el masoquismo preñado, en algunos casos, de mala conciencia que destilan las excusiones por nuestra infancia sádica y la provocación «filosófico-estructural» de ciertas entrevistas en secciones culturales. Pero cuando el fenómeno es propuesto y defendido como alternativa cultural, la cuestión exige ser estudiada con rigor. Si leemos que un joven filósofo dice que «"Yellow Submarine" es la película más comprometida y más política que ha visto en los últimos años» (TRIUNFO, número 425), quizá nos limitemos a esbozar una sonrisa. Si el poeta que escribía que «la poesía (poesía para el pobre) es un arma cargada de futuro» rectificaba (evoluciona) dando a entender que ha vivido preocupado por todo lo que pasaba a su alrededor, pero que ya está bien (TRIUNFO número 426) y el prologuista del «Un cuarto de siglo de Poesía Española» es también el que escribe la introducción de los «Nueve Novísimos», la cosa empieza a ser sintomática. Si, por fin, vemos cómo sistemáticamente los ancianos santos padres, Lukacs y Sartre, se pierden en la bruma del olvido y en su lugar aparecen la Sontag y Roland Barthes, el «Kitch» y lo «Camp», Marilyn e Yvonne

de Carlo, no queda más remedio que pensar que algo pasa y que es necesario reflexionar sobre ello.

Si digo que la carta de Luis debe ser entendida como un reto a TRIUNFO es porque pienso que en buena parte la revista participa de esta «novísima» sensibilidad, y no sólo por contar entre sus más activos colaboradores con Manuel Vázquez Montalbán. TRIUNFO, en cierta medida, ha intentado ofrecer respuestas a las cuestiones que planteo ahora, tanto en algunos artículos firmados por el citado M. V. M., como con la reciente publicación de unos escritos de Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa. Sin embargo, lo que pido es que la reflexión se desarrolle de manera sistemática, referida al panorama cultural español y, sobre todo, sujeta a un estudio sociológico y no a las justificaciones (o explicaciones) sobre la actividad de los autores. Lamentablemente, una de las características más destacables de la corriente en cuestión, es su gusto por el detalle y lo anecdótico, dejando de lado los planteamientos generales y rigurosos. No sé si será también sintomático el destacar que TRIUNFO no ha dado cabida en sus páginas al comentario de dos de los productos más sólidos (digo sólidos, meditados y trabajados pacientemente antes de su publicación, lo que no implica ningún juicio de valor) de los últimos años: la obra novelística de Juan Benet y la «Teoría de la Sensibilidad», de X. Rubert de Ventós.

Un trabajo como el que pido permitiría clasificar esa extraña amalgama en la que se combinan el compromiso y la «mala conciencia», el humanismo y la «muerte del hombre», el sentimentalismo febril y el estructuralismo de andar por casa, Roland Barthes y la Sontag... haciendo la luz sobre un río revuelto en el que los furtivos obtienen sus dividendos. Permitiría, igualmente, descubrir la relación que une los nuevos movimientos culturales con el desarrollo político español, y no precisamente con el de la «gauche divine», y con los cambios estructurales sufridos en nuestra sociedad, descubriendo la evolución de un mercado artístico sujeto, como cualquier otro, a la necesidad de incentivos que movilicen la demanda. Quizá entonces, la obra de autores como Eco, Sanguinetti o Barthes, tan citados como poco aplicados, nos descubra su utilidad.

Este es el reto al que, pienso, debe responder TRIUNFO si efectivamente quiere jugar un papel en la confusa situación cultural española. Sin olvidar el lugar en el que se plantea la discusión. Quizá a nivel de creación artística, como señala Eugenio Trias (TRIUNFO número 425), «la dis-

tinción tradicional reaccionario-progresista tiene que ser revisada». Pero de lo que no me cabe la menor duda es que la diferencia entre «azules» y «Pepper's Land» en el «Yellow Submarine» no nos permite comprender lo que separa a un obrero de la «Maquinista» del habitante de ese distrito once del que se habla. ■ IGNACIO LATIERRO (San Sebastián).

Sobre este tema, además de los números citados por Ignacio Latierro, véanse también número 431 («El Imperialismo cultural catalán», M. Vázquez Montalbán, página 32) y número 433 («Montalbán por peteneras», «Luis», página 35). Los trabajos de Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa a que se hace referencia en la carta aparecieron en los números 421 («El escritor y la política», M. Vargas Llosa, páginas 34-35), 425 («La América Latina no oficial», J. Cortázar, páginas 10-13) y 426 («Viaje alrededor de una mesa», J. Cortázar, páginas 10-14).

Otra alternativa cultural

E FECTIVAMENTE, tiene razón Vázquez Montalbán cuando se niega a aceptar indiscriminadamente la calificación «cultura catalana». No se puede meter en el mismo saco al propio V. M., por un lado, y Espriu y Carner, por otro; nada tiene que ver Pere Quart con Ana María Moix. Pero es también revelador que los planteamientos anti-cultura catalana se hacen más en atención a estos jóvenes que a aquellos consagrados, a los que no se discute o increpa —salvo contados casos de empecinamiento inquisitorial y chauvinismo centralista— por su calidad o su derecho a escribir en catalán. Sin embargo, aunque la referencia es sólo parcial, aunque no son todos ni los más representativos, los críticos rechazados por V. M., y a los que pide críticas solventes, siguen hablando del imperialismo cultural catalán y cultura catalana. Mejor que discutir si pueden licitamente hacerlo es tratar de averiguar por qué lo hacen.

En principio, existe una razón un tanto pedestre y perogrullesca (pero que en nuestro perogrullesco mundo cultural tiene su peso): los movimientos de subnormalismo, novísimos, Carnaval filosófico, etc.; las actividades infimas de Tusquets, Anagrama, Lumen, Barral Editores, etc., son

movimientos y actividades que aparecen en Barcelona y no tienen igual en la Meseta, aunque en la Meseta pueda haber innovadores y pretendidos novísimos, pero siempre aislados y no como grupo representativo. Lo cual no quiere decir que haya un ser mesetario y un ser catalán. Como posteriormente se verá, no argumentamos aquí a propósito de una diferencia regional, nos limitamos a constatar un hecho.

Ahora bien, ni éste ni hipótesis referencias al catalanismo (que ocasionalmente se producen) dan razón de los ataques (imperialismo cultural, esnobismo, etc.) que se están produciendo. A nuestro juicio, la causa de estas críticas sitúa el problema en su verdadero contexto, lejos de la polémica regional que se está extendiendo como cortina de humo. La causa es doble: la pretensión de esos movimientos y actividades de, por una parte, llevar a cabo una crítica de la situación social y cultural; por otra, la de convertirse en vanguardia innovadora e, incluso, en arte de «contestación». Lo primero puede advertirse en los textos de V. M., Terenci Moix, E. Trias, etc., con las diferencias de rigor; lo segundo, en la obra de los novísimos, el Carnaval filosófico, la escuela cinematográfica y la mayor parte de las publicaciones ínfimas (e ínfimas publicaciones).

Nuestra pregunta es: «¿Se cumplen ambas pretensiones, o, por el contrario, sólo parecen cumplirse?» (Y sería esta apariencia el origen de rechazos radicales como los señalados por V. M.). Veamos la primera. Las características de esta crítica pueden ser, esquemáticamente expuestas, las siguientes: virulencia expresiva y radicalismo, iconoclastia, nivel estrictamente cultural (lo que debe explicarse: decimos nivel cultural no porque la crítica no haga referencia a niveles extraculturales, sino porque en su enfoque no hay más que elementos culturales, sin «solicitar ayuda» de otros elementos; es decir, sin vislumbrar un verdadero cambio; sólo se percibe un cambio cultural, dicho con otras palabras: ninguno), rechazo de la crítica tradicional, que solíamos llamar comprometida.

No hay ningún motivo «a priori» para rechazar el radicalismo, como no lo hay para rechazar el apasionamiento. Ambos pueden ser positivos, y, de hecho, lo son las más de las veces, pero sí hay motivos para rechazar el radicalismo cuando éste no es más que una mercancía, y aquí es donde la relación entre organización comercial y cultural salta a la vista. Decimos organización comercial, no económica. ¿Sería inexacto afirmar que a la primera le mueve el incentivo de la ganancia, que se propone la amortización de un capi-

tal, que tiene que fabricar productos de consumo? Creemos que no. Es entonces cuando el radicalismo revela su falacia, deviene su contrario, porque, en última instancia, y en primera, está sujeto a la ley de la oferta, y la organización comercial dejará de editarlo en el momento en que el mercado esté saturado y no tenga salida, sea positivo o no, sea adecuado, vigente política y culturalmente o no. Entonces será sustituido por otra moda comercial y cultural. Ello se complementa con el nivel estrictamente cultural en que la crítica se mueve, pues así, desde un principio, se sitúa fuera de la acción, lo que propone no sale nunca del cerrado nivel en que se encuentra y el sistema lo digiere perfectamente, precisamente porque es el sistema el que lo produce para su consumo.

Podría argumentarse diciendo que tal digestión es el destino fatal de todos los productos culturales en el sistema capitalista. A ello habría que contestar que, indudablemente, no puede haber otro si se le acepta desde el principio, si se convierte el producto en mercancía, si no se hace referencia alguna, llamada alguna, a las fuerzas reales que se oponen al sistema. Se puede decir que la crítica cultural tradicional comprometida era incompetente por su insuficiencia científica, pero sus llamadas eran bien claras; quizá pecó de ingenuidad al no advertir las contradicciones en que el sistema le ponía.

Esta penosa situación podría paliarse de alguna manera si la actividad cultural produjese una ciencia real y se aplicase verdaderamente a la creación de un verdadero lenguaje. Aquí entra el segundo aspecto de la cuestión, la segunda pretensión antes mencionada. Desde el punto de vista filosófico —vamos a escoger un sólo punto de vista para no hacernos reiterativos—, la principal aportación ha consistido en el estructuralismo, publicaciones sobre lingüística estructural y sobre el estructuralismo foucaultiano y lacaniano. Pero siempre publicaciones ínfimas, mínimas, no libros básicos para ayudar al conocimiento crítico del estructuralismo científico en nuestro país, sino pequeños ejercicios en los que sacrifica todo en aras de la brillantez. ¿Ha pensado alguien seriamente que el Carnaval puede ser una respuesta filosófica a la situación, tiene alguna operatividad no comercial este concepto? Es decir, se ha hecho del estructuralismo una moda, y no una ciencia, como de la renovación formal poética un pastiche. No hay una verdadera aportación vanguardista en el campo de la expresión ni un intento serio por contribuir a la configuración de una ciencia no académica y trasnochada, pero sí hay la apariencia de todo esto: la mistifica-

ción. Es normal: el sistema está a favor de la mistificación y en contra de la ciencia y la renovación expresiva; si éstas quieren hacerse ha de ser contra él.

El juego entre lo que parece y lo que es el juego de la mistificación se mantiene a lo largo y ancho del tema y sale también a luz cuando reflexionamos sobre el éxito polémico que este radicalismo cultural ha alcanzado. Si tiene éxito es porque viene a llenar, parece que viene a llenar, una necesidad. Frente a la untuosa crítica académica, frente a la insuficiencia científica y la plúmbea rutina de la tradicional crítica comprometida, V. M., Terenci, Trias, Gimferrer, etc., están llenos de recursos, llenos de brillantez, llenos de información; están al día. Pero, una vez más, chocamos con la dificultad central, una vez más aparece la mistificación. Lo importante no eran la banalidad y la insuficiencia por sí mismas, sino que tal banalidad e insuficiencia hacían inviable la función básica de la cultura: actuar sobre la realidad; la función básica de una cultura crítica: contribuir a cambiar el sistema.

Es difícil entender, creemos, la insuficiencia de la crítica comprometida y la banalidad de la crítica académica a que nos referíamos al margen de la situación que culmina en el plan de estabilización de 1959 y la situación cultural que comporta: primeros aprietos del léxico triunfalista, institucionalización de la censura, falta de información general, etcétera. Del mismo modo que es difícil entender el comienzo de las renovaciones estilísticas y formales al margen del advenimiento de la tecnocracia y la situación cultural que desarrolla: lenguaje triunfalista definitivamente relegado a publicaciones de museo, ley de prensa, intensa actividad editorial desde un punto de vista cualitativo, etcétera.

La existencia de las relaciones aparece como evidente, lo que ya no está tan claro es el tipo concreto de relación que se establece entre uno y otro mundo, puesto que esa relación no es unívoca ni inmediata. Más aún, nos atrevemos a decir que esas relaciones se complejizan en la medida en que la situación no cultural pierde libertad de movimientos; es decir, en la medida en que el sistema no se mueve para mejorar sino para sobrevivir.

Consecuencia de esa relación es la observable fetichización, tanto del sistema como de la cultura que proponen los «subs». Fetichización por la que:

— El sistema, con un léxico aperturista, refuerza la represión, incluida la invisible; la cultura, con un léxico iconoclasta, manipula para la formación de nuevos ídolos.

— El sistema se convierte en ob-

jeto de sí mismo para sobrevivir, máximo beneficio al que aspira una vez fetichizado; la cultura se formaliza en modas y estímulos para venderse al máximo, con lo que logra también el máximo beneficio una vez que medita sólo sobre ella misma.

— El sistema promueve la cultura; es decir, se compromete con esa cultura particular y se conecta con ella a cambio de que la cultura se desconecte del sistema y cancele eventuales compromisos con la realidad. O, lo que es lo mismo, el sistema se toma en serio la cultura de la frivolidad (esperando de ella soluciones) a cambio de que la cultura frivolicite sobre la realidad. Normaliza las actividades comerciales de la cultura para que la cultura subnormalice la realidad o institucionalice —es decir, normalice— la subrealidad.

Frente a la apariencia y el radicalismo verbal, frente al culturalismo, proponemos una respuesta cultural efectiva, la elaboración de una teoría viva, una ciencia crítica de la realidad. Ciencia que deberá poseer todo el vigor que sea necesario, un nivel de formalización tan elevado como su objeto lo exija, pues ello aumenta las mediaciones que la insertan en la realidad concreta, pero no elimina el lazo práctico por el que está unida a ella. Sólo un trabajo riguroso puede terminar con la mistificación y la retórica en que finalmente se resuelve el radicalismo verbal, sólo un trabajo riguroso puede sustituir la moda por la elaboración científica y librarnos del planteamiento puramente mercantil a que nos tiene acostumbrados la industria de la cultura. Pero el rigor no es un fin en sí, es una exigencia ineludible del trabajo teórico que no debe concluir en sí mismo, no debe reducirse a una práctica teórica; el rigor ha de culminar en una teoría práctica. Ambos aspectos van indisolublemente unidos; lo contrario sería caer en el criticado culturalismo. Y precisamente porque ambos van indisolublemente unidos no debemos olvidar ninguno de los dos: no hay que sustituir la teoría por la ideología, y mucho menos por la demagogia; no puede reducirse el trabajo intelectual a la divulgación cuando, primero, no existe qué divulgar.

Se trata, pues, en resumidas cuentas, de devolver a la cultura su perdido valor de uso. Los productos culturales deben ser el resultado de una elaboración cultural previa, no de la oportunidad mercantil. Esa elaboración cultural previa, resultado del trabajo en equipo, de la información y la polémica, es lo que distingue nuestro trabajo, nuestra pretensión de contribuir a la elaboración de una teoría viva, con referencia a la realidad concreta,

y que se inserta en un contexto que sólo cierra su ciclo en la práctica.

Es una teoría viva; es decir, no fosilizada ni consagrada; no es la enseñanza que un maestro imparte a sus discípulos, no coloca al lector, de entrada, en una situación de inferioridad. Por el contrario: se establece en la confrontación y la polémica; no es respetuosa con la autoridad, es un resultado colectivo en el que se articulan y oponen diferentes puntos de vista, de manera que el lector puede escapar al imperialismo del autor, puede contribuir también él a cristalizar la propuesta que se le hace.

Hace referencia mediada a la realidad concreta. Realidad concreta en todos los niveles. En primer término, en el científico y cultural, tratando de llenar ese vacío que ha establecido la cultura académica y el radicalismo verbal, elaborando los instrumentos de trabajo, los conceptos que se manejan en la actualidad cultural, informando críticamente de las corrientes fundamentales del pensamiento, etcétera.

Pero este nivel no se aísla en un plano. Por el contrario, el vacío tiene unas causas concretas y hunde sus raíces en una situación social más amplia, a la que hemos aludido más arriba. Cada nivel tiene su dominio propio, pero unos y otros están interrelacionados. Frente a un pensamiento mecanicista proponemos un pensamiento dialéctico, único capaz de articular los diversos planos de la teoría, único capaz de articular teoría y práctica.

Se inserta en un contexto que sólo cierra su ciclo en la práctica. Se inserta en un contexto y, por tanto, no se ofrece como horizonte aislado e inaccesible del saber para especialistas, debe crear las mediaciones necesarias que evitarán la especialización minoritaria. Pero es necesario, primero, abrir el ciclo, después recorrerlo.

Lo que proponemos es una respuesta a la mistificación de la cultura y de la realidad, venga donde viniere y con el disfraz que traiga. No son dos frentes separados, pues una y otra están unidas de tal manera que la cultura se ha convertido en la forma habitual —mediante la retórica, el formalismo, el radicalismo verbal, etcétera— de mistificar la realidad. ■ EQUIPO EDITORIAL DE «COMUNICACION» (Madrid).

En el próximo número se reanuda la polémica sobre el último libro de Alfonso Sastre: «La revolución y la crítica de la cultura» (Referencias: números 428 y 433). También publicaremos una carta de Víctor Sánchez de Zavala sobre «Simposio en Burgos» (Referencia: número 433).



MIRONES, PALEROS, POCEROS

Habiendo leído el artículo de Pablo Berbén sobre los anormales que se dedican a espigar parejas, mujeres (ver TRIUNFO 427), y como dice que se debían llamar mirones, diré, por si no lo sabe, que en Santander, de donde yo soy toda la vida se han llamado «paleros» a los hombres que se dedicaban a esos menesteres, y a la acción de espigar se llama «palear»; en Bilbao se les llama «poceros». El artículo es interesante. ■ JOSE LUIS HERRERO (Segovia).

«SUB» Y MINORIAS CULTAS

Ante todo mis respetos por la labor que llevan a cabo. Soy un obrero y mi cultura no es mucha. Desde que leí por primera vez TRIUNFO no he dejado de leerla, pues la considero la más íntegra y avanzada de cuantas revistas he leído. En su número 426 venía en la sección «Lectores» una carta del señor Rogelio Cabeza Corrales, de Sevilla, en la que exponía el problema de la cultura «sub» y las minorías cultas, muy claramente. Pues yo considero que esas minorías no hacen lo suficiente para acercarse al pueblo, porque al encerrarse en su lenguaje exclusivista no conseguirán abrir los ojos a las masas de obreros y campesinos que tienen derecho a un mínimo de cultura. Puedo poner como ejemplo mi caso: resulta que en muchas ocasiones me he quedado sin saber el significado de una frase por lo enrevesado del lenguaje y también en varias ocasiones he aconsejado TRIUNFO a compañeros, y algunos me han contestado que ya la han leído alguna vez pero la habían dejado porque no comprendían muchas cosas. También leí «Manifiesto Subnormal», de Vázquez Montalván, y no entendí casi nada. ■ JOSE MARTINEZ SEVILLANO (Badalona).

BARCELONA-MADRID Y FUTBOL

Lamento que mi carta, publicada en el número 423, bajo el título «Otra versión del Barcelona-Madrid», haya sido mal interpretada por don J. Manuel Rubio, de Sabadell. Quizá, por amor a la brevedad, no expresé claramente mi verdadero pensamiento, que es el siguiente: todos los públicos de fútbol son apasionados y parciales, sin necesidad de buscar justificaciones extradeportivas, basadas en diferencias históricas o culturales, para su conducta exaltada y reprochable, como fue la del público de Barcelona en aquel partido.

Eilo no basta para que deje de admirar a Cataluña, a la que conozco en sus tres aspectos: el agrícola, de un pueblo de Lérida; el turístico, de uno de Tarragona, y el industrial, de una ciudad de Barcelona. Todos los elogios para las virtudes de los catalanes son merecidos, pero me parece que fomentar, con cualquier motivo, un antagonismo con el resto de España, huele a un superado separatismo que no cuadra en la época actual, caracterizada por la búsqueda de una Europa unida que borre las diferencias entre las naciones. Aspirar a una Cataluña independiente es una postura sin



duda romántica, pero anacrónica e incomprensible en estos tiempos.

Pasando a lo deportivo, la carta del señor Rubio incurre en todos los tópicos anti-madridistas que no vale la pena refutar. A todos los fracasos del Barcelona se le busca un culpable extraño: árbitros, federativos, la influencia del Madrid en los anteriores... ¿Por qué no se hace dentro de la propia organización barcelonista? Quizá ahí esté el mal a extirpar. ■ UN SUSCRIPOR CASTELLANO (Madrid).

CONSTANTINO Y LOS CRISTIANOS

En el número 431, página 8, último párrafo, el señor Miret Magdalena afirma que la situación de los cristianos respecto de los problemas que su conciencia les plantea a la

hora de servir al Estado por las armas cambia poco a poco «y en forma sutil al hacerse el cristianismo religión oficial del Estado, en el año 313».

Dado el nivel —merecidísimo— de difusión alcanzado por la revista, me permito rectificar esa afirmación que, si bien no afecta para nada a lo esencial del contenido del artículo de Miret, puede seguir induciendo a confusión acerca de la oficialidad del cristianismo a lo largo de la Historia.

La Historiografía católica fabricó, desde tiempos verdaderamente remotos, un cuidado mito en torno a Constantino; mito que ha llegado en pleno vigor hasta nuestros días y que aún no se ha erradicado convenientemente de los libros de texto y manuales al uso, aun de cierta envergadura —y no digamos nada de los destinados al consumo en Enseñanza Primaria y Media—. Constantino es una especie de «santo» oficioso, hacedor de Iglesia y, en buena medida, apoyo del Papado; hasta el punto de que, en tiempos de Pipino, cuando la Iglesia romana encuentra en el resurgimiento franco —siglo VIII— una posibilidad de fuerte ayuda, ciertos clérigos romanos no dudan en «fabricar» una documentación falsa (el «Edictum Constantini ad Silvestrem Papam») en la que el «católico» Emperador hace donación a la Silla de Pedro, entre otras cosas y «hasta el fin del mundo», del palacio imperial de Letrán, la diadema, la tiara, la púrpura, el manto escarlata, la dignidad ecuestre, los cetros imperiales, las insignias y estandartes, y «todas las prerrogativas de la excelencia imperial y la gloria» del poder del Emperador. Hace a todos los sacerdotes sucesores de Roma —patriarcas y cónsules, dice el documento—, decreta que el clero de la Iglesia romana tenga los honores del ejército imperial, expresando su voluntad de que la Iglesia se «adorne» con oficiales, chambelanes, servidores y guardias de todas clases. El Emperador se declara, en espíritu, palafrenero del Papa y, por si fuera poco —aunque hay bastante más de lo que aquí se transcribe— dispone Constantino (?) que pasen a poder del pontífice Silvestre «no sólo nuestro palacio como se ha dicho, sino también la ciudad de Roma y todas las provincias, distritos y ciudades de Italia y de Occidente».

Si tal desmesura perfectamente ajurídica no bastase por si misma para establecer lo apócrifo del documento, ahí estarían las pruebas —creemos que innecesarias— paleográficas y diplomáticas para demostrarlo. Pues bien: este es el Constantino que «ha funcionado» en los cerebros occidentales durante mucho tiempo, y que aún lo hace, por obra y gracia fundamental-